



Novela

ni tan

NEGRA



Victor Civeira

Novela ni tan

MECORA



Victor Civeira

“A Ruth”

Capítulo 1

Hoy... o por estos días, pues

Cuando Max Contreras se encontraba crudo, el mundo se podía ir mucho al diablo. No solía tener muy buen humor y menos si la resaca lo estaba matando. Había prometido dejar el alcohol, pero cuando no se tiene alguien a quien prometer es más difícil cumplir. Max era detective privado, no muy bueno, no muy malo. A veces corría con suerte y cumplía con la encomienda, en otras terminaba golpeado atrás de cualquier cantina o en un callejón oscuro y en ocasiones realmente tenía mala suerte. Todos sus casos eran mediocres. “Casos mediocres de detective mediocre”, se decía.

Asuntos de esposas infieles, niñas bien que habían escapado con el novio o andaban de reventadas con un grupo de amigos en Acapulco. Casi todos los clientes eran adinerados pero codos, le regateaban sus honorarios, aunque siempre había un ricachón que requería de sus servicios. Demasiadas esposas, hijas, hijos y parientes con vidas secretas. Max, en cambio, era vicioso lector de Mike Hammer, Sam Spade y el muy nacional Belascoarán Shayne. Para mala suerte de Max, su vida estaba a punto de cambiar para parecerse a la de sus héroes y sólo necesitaba entrar a su oficina para darse cuenta.

Liliana era una mujer pequeña de grandes senos, casi exquisita que había sido amante de Max en mejores años para ambos, aunque ella a sus 37 aún tenía lo suyo muy bien puesto. Todavía sentía “algo” por Max, le gustaba su estilo tan sin estilo, el tamaño de sus fuertes brazos y la forma dura con la que se conducía. Ahora era su secretaria y lo esperaba con ansia. Hoy había una encomienda de la aseguradora con la que a menudo solía colaborar y aunque muchas veces los fraudes sobre los que trabajaba se resolvían por la vía legal, de vez en cuando representaban una buena entrada de dinero para “Contreras, agencia de investigación”.

La puerta se abrió y Max entró. Lila, como él acostumbraba decirle de cariño, suspiró un segundo para oler su colonia, de las pocas cosas finas que Max conservaba de otro tiempo.

- ¿Hay algo, muñeca? –preguntó Max—. Y por favor que no sean las cartas de siempre, deudas, premios falsos y amenazas anónimas.
 - Tenemos un muerto –dijo entusiasta Lila.
 - El correo está cada vez peor, en fin. Déjalo bajo las otras cartas.
 - No, Max –explicó paciente Lila mientras se desabotonaba un poco la blusa para que Max la notara-, la aseguradora nos manda un caso.
 - Ah, bien...
- Entraron en el privado de Max, ella lo seguía como un perro fiel.
- Un caso de la aseguradora y un muerto. Esto se va aclarando.

¿Motivos?

Lila se tomó unos segundo para explicar a Max el caso, mientras se subía la

falda para llamar la atención de Max. David Shuebell, judío de unos 59 años, multimillonario hasta la embolia, había amasado su fortuna en el mundo de la hotelería y el turismo. Amigo y enemigo de muchos políticos. Una muerte que en su mundo no tendría nada de sorpresiva, alguna venganza personal, asesinato por dinero o simplemente suicidio. A veces esos ricos creen que pueden sobornar a Dios, cruzar la última frontera y regresar después de dejar un cuantioso depósito a las manos de San Pedro. Pero eso sólo había sucedido tres veces en la historia y este no era el caso.

Lila terminó la explicación mientras se arrancaba el sostén.

- ¿Qué tal estaba de fondos el muerto?

Lila lanzaba lejos sus zapatos para quedar semidesnuda.

- Millones de dólares en un banco suizo, suficientes euros como para empapelar la muralla china, billones de yenes japoneses para cuando estos conquistaran el mundo, bonos internacionales como para comprar Nueva York y pesos mexicanos. Dijo la ya desnuda Lila

- ¿Cuántos?

- 30 pesos cambio...

Para el Taxi, quizá tenía pensado un viaje, dedujo Max sin mirar a la pobre chica que se retorció de placer en el escritorio con tal de llamar su atención.

- ¿Algo más, muñeca?

Lila se enfrió, odiaba el “muñeca”, se lo decía a todas... decidió vestirse.

- Dos hoteles en Cancún.

- ¿Con vista al mar?

- No lo sé... -respondió Lila mientras se abotonaba la chamarra hasta el cuello.

- ¿Cómo encontraron al muerto?

- Muerto

- ¿Dónde?

- Electrocutado en la bañera, con uno de esos cepillos de dientes eléctricos... lo reportó su esposa.

- ¿Mi esposa? -exclamó incrédulo el investigador.

- Su esposa de él... Lo encontró desnudo y casi achicharrado.

Max lo pensó unos segundos: “¿Quién que no fuera tu esposa entraría al baño y usaría el cepillo de dientes mientras tomas una ducha?... El perro, quizá”. Max lo había hecho de niño, pero este caso era obvio. La hoy viuda tenía muchos motivos para asesinar a su marido, pero Max no los conocía... estaba haciendo conjeturas absurdas.

- Estás haciendo conjeturas absurdas -dijo Lila.

“¿Volví a pensar en voz alta?” -pensó Max.

- Sí, estás pensando en voz alta.

- ¿Qué opinas?

- Que deberías ver un medico para que te saque esa bala de la cabeza.

Piensas en voz alta, masticas con la boca abierta y cuando te pones corbata es para usarla de cinturón.

Max se enfadó, jamás se iba a sacar esa bala, era muy costoso y le recordaba un caso importante... en realidad no se acordaba del caso pero la

bala le recordaba que debía recordarlo.

- Me refiero a qué opinas del caso.

Lila no respondió, así como Max pensaba en voz alta a veces hablaba con la mente.

- ¿Que qué opinas? -insistió Max.

- Yo creo que fue ella, estoy de acuerdo. Pero no sé por qué. Lo tenía todo, dinero un hombre maduro y atractivo, posición social y seguro dental. ¿Por qué deshacerse de quien le proveía todo eso? Un hombre tan ocupado como Shuebell le daría tiempo a ella incluso de tener su propio amante. A la mujer no le faltaba nada. ¿Por qué deshacerse de él?

Ambos se miraron un minuto. Desconcertado, Max encendió un cigarrillo y dio una larga bocanada. Meditaba, o sea, no es que le diera por la meditación, sólo pensaba en el caso.

- Diles a los de la aseguradora que acepto el caso –respondió Max.

Lila saltaba de gusto y casi se desnuda otra vez de alegría, tenía seis meses sin recibir sueldo y ya había tenido que empeñar joyas, aretes y a un par de parientes, este caso iba a dejar dividendos. Ya era hora.

- ¿De cuánto es el seguro?

- Un millón de dólares.

- Nos toca una buena cantidad, nena. Al fin vamos a poder enterrar a la abuela, el aroma empieza a incomodar a los del asilo.

Lila dejó los documentos en el escritorio de Max y salió, tenía que ordenar el lugar y bajar a la calle por uno de sus zapatos que voló por la ventana. Dejaría al detective solo para que estudiara el caso.

Max abrió el expediente. Destapó una Chaparrita de piña, siempre tenía Chaparritas de piña en su oficina, era parte de sus vicios: cigarrillos, café, chaparrita de piña y cuando era la hora de beber: vampiro sin hielo y casi todas las noches bebía en cantidades navegables para no pensar. Pero la Chaparrita de piña le ayudaba a pensar y Max, refresco en mano, se sumió a leer el expediente. 10,000 dólares era mucha plata... el uno por ciento que le ofrecía la compañía de seguros. Este crimen tenía que resolverlo, no le quedaba más. Tenía muchas deudas, sin amigos, expulsado de la policía por honesto... tendría que resolverlo por dignidad, por dinero, por autoestima. "Tengo que resolverlo o moriré en el intento", se dijo Max Contreras. No sabía lo cerca que estaba de adivinar su suerte.

Capítulo 2

La primera parada obvia era la casa de la viuda. Conocer a la mujer de Shuebell sería un buen avance en el caso, a fin de cuentas sospechaba de ella. Pero la primera parada fue el baño, cuatro Chaparritas seguidas eran muchas y había que deshacerse de ellas.

Ya en la calle, Max refunfuñó un poco. No le gustaban los ricos, a pesar de ser sus clientes, su *modus vivendi*, los detestaba. Los había conocido bien con los casos que le dejaban. Amantes, escapatorias, fraudes y secuestros falsos... le hablaban de una decadencia que descansaba en dólares, de una opulencia apesotosa, de una frivolidad incesante. Cómo los odiaba por no poder ser como ellos. Eso nos pasa a todos.

Llegó a la Mansión Shuebell. Era tal cual como la esperaba: grandota. La necesidad de ostentación era tan bestial que habían construido la cochera a la mitad de la calle, y habían colgado columpios para los niños bajo un puente peatonal aunque no tuvieran hijos. Demasiado mal gusto y con suficiente presupuesto para que se notara bastante. No es fácil demostrarlo, se necesita mucho dinero para hacer obvio el mal gusto.

Max tocó el timbre de la puerta, que en vez de un simple ding dong se escuchó la voz de Luciano Pavarotti sosteniendo un do de pecho con la palabra "Tooocaaaaaaan". La puerta se abrió y una rubia, evidentemente norteamericana, atendió a Max. La mujer al notar la facha del ex policía se puso nerviosa y Max lo percibía, aprovechó para intimidarla con un interrogatorio.

- ¿La viuda de Shuebell?

- ¿De parte de quién?

Max al escuchar el acento texano de la chica se envalentonó en su ataque.

- ¿Tiene miedo que sea de migración?

- No mister, ¿por qué? Yo soy de Tequesquiuhana...

- Tequesquinahua -corrígo-, ni siquiera lo puede pronunciar, no me engaña... usted es indocumentada.

- Yo trabajanda con papeles, lo jura...

- No jure en vano. ¿Hasta cuándo los gringos van a seguir cruzándose la frontera por unos pesos? Busque trabajo en Dairy Queen, no deje a su familia, sus raíces... ya no vengan para acá.

- Jura que soy mecsicana... yo como pozola y tacos cochinia huipil...

- No se preocupe, no voy a decir nada, no es mi área ¿Dónde está su patrona?

- Voy volanda por ella... tankiu... tankiu...

Pobres indocumentados, pensó Max. Teniendo allá Disneylandia y se vienen para acá.

La infeliz sirvienta gringa regresó y condujo a Max hasta el recibidor. Una pintura del difunto David Shuebell, hombre robusto y avejentado para sus cincuenta y tantos años de edad, coronaba la estancia. La pintura lo mostraba sonriendo mientras empuñaba triunfador una escopeta de caza, atrás dos nativos africanos, evidentemente guías, de fondo un jeep. Shuebell con su uniforme caqui y esos sombreros de Safari tan de los ricos. Su trofeo a un lado

pintado al detalle, dos peces espada Marlin colgados de un árbol.

Farsante... pensó Max. Algunas cabezas colgaban como trofeos suspendidos en las paredes: un alce, un búfalo, un dinosaurio y una vaca que había atropellado de regreso de cazar al dinosaurio. Todo hablaba de la clase de hombre que había sido David Shuebell: excéntrico, petulante, prepotente. Agradable de matar.

La puerta corrediza que llevaba a las alcobas se abrió, tan grande como la boca de Max cuando vio aparecer en medio de las puertas a Mina, la viuda de Shuebell. Santo Dios, ¡que mujer! Si no lo habría matado la electrocución, el pobre David debe haber sido asesinado poco a poco en cada encuentro sexual con esa mantis religiosa que tenía por esposa. Parecía que las piernas le llegaban hasta el cuello, pero afortunadamente no era así. En medio de las piernas y el cuello tenía una serie de milagros de todas formas y volúmenes. Además no aparentaba ser viuda, portaba un vestido violeta muy pegado que acentuaba los milagros como sacerdote en día de diezmo. El largo cabello negro caía hasta la espalda, el rostro era como ver a un fantasma, no se podía mirar sin sentirse estremecido. Bella como Helena de Troya, sensual como Lady Godiva, inquietante como enfisema pulmonar y pasional hasta el deseo mismo.

Mina era una belleza de 31 años muy bien puestos. En la perfección absoluta de su cuerpo. Dejó escuchar su voz grave ante el azorado Max.

- ¿En qué le puedo servir?
- ¿Por orden alfabético o según se me ocurra? -balbuceó Max.
- Improvisemos entonces -dijo ella.

Max no se intimidó, conocía a estas mujeres que se saben perfectas y esperan controlarlo todo con su belleza. Max sintió el exquisito aroma de un perfume hecho especialmente para ella por la casa Rochas. Max pensó que su interlocutora trataba de ponerlo nervioso con ese "improvisemos" ¿cuantos hombres se habrían rendido hasta ahora por esos juegos sexuales que ella bien manejaba? De hecho Max estaba a cinco minutos de caer, digo, por mucho que se conozcan a éstas devoradoras uno no es de palo.

- Vengo a hacerle algunas preguntas respecto a su difunto marido.

Mina se lanzó sobre él en medio de un grito de dolor.

- ¡David! -gemía ella-, me lo han quitado para siempre... -ella lo abrazaba con fuerza, lo estrujaba contra sí misma fingiendo pena, aparentaba tanto dolor que hasta con las piernas enroscadas se sostenía de Max, quien ahora estaba a sólo cuarenta segundos de caer.

- Era mi amor... mi cómplice y todo... -lloraba Mina muy a la Benedetti-, ¡qué voy a hacer sin él!

Max casi al borde del infarto la apartó de su lado, rudo, intocable como era él. Mina lo miró como un gatito, más bien como un gato, quizá una pantera en celo, o un tigre de Bengala en el circo de Sigfried y Roy... pero hambriento. Ella se sentó sensual en un sofá, mostrando sus largas piernas.

- ¿Quiere tomar algo? -preguntó en un susurro.

El investigador decidió entrar en el tema sin rodeos.

- ¿Mató usted a su marido?

Ella rió de manera embriagante. Max tuvo que pellizcarse los antebrazos hasta sangrar para no caer rendido ante esa risa.

- De verdad no pierde el tiempo.
- No tengo tiempo que perder.
- Eso dije.
- No, usted dijo que no pierdo el tiempo.
- ¿Y usted qué dijo?
- No tengo tiempo que perder.
- ¿Y yo qué dije?
- Se rió.
- ¿Por qué?
- Por el tiempo... no, espere. Ah, por que le pregunté si mató a su esposo.
- Ah... ¿no pierde el tiempo?
- Hemmm... como quiera. Conteste.

Mina ahora solo sonrió cruel y confiada, como si de esos labios fuera a salir el más cínico de los "Sí" jamás dicho.

- No -dijo Mina, contradiciendo al autor-. Sé que parece que tenía todos los motivos, pero no lo maté. Estaba perfectamente con él, mucho dinero, acciones, reconocimiento en la sociedad y hasta tenía tiempo para un amante... o dos, o tres o todos al mismo tiempo.

Max tragó saliva, recordó las palabras de Lila, las mujeres se conocían entre ellas aún sin haberse visto jamás. Era fría y calculadora, lo miraba sin pestañear y nuevamente, pero con mayor firmeza, repitió su negativa.

- Además poseíamos hoteles en Cancún.

- ¿All inclusive?

- Desde luego.

- ¿Hacen descuentos en temporada baja?

- No olvide que David era judío.

- Está bien.

- Mire detective, de mí se han sospechado toda clase de cosas, la mayoría son verdad, pero nunca hubiera matado a David, era mi luz y mi calor.

- ¿Y usted sabe si su marido tenía enemigos?

- Todos, por colonias, estados, delegaciones y municipios, pero no lo hubieran matado tampoco. Una enemistad con David les daba "caché", ¿comprende? Sin embargo hay un hombre que sí se beneficiaría con lo ocurrido.

Max se alarmó, no le gustaban los casos que se complicaban demasiado. Con más de un sospechoso retrasaría el pago de sus deudas y quería terminar con este caso lo antes posible, de todos modos preguntó.

- ¿Y quién sería?

- Su socio.

- ¿Mi socio?

- Su socio de él, de David. Un coronel retirado del ejército alemán, Her Lothar Liefrenbuilch.

- ¿Cómo? -preguntó Max-. Ah pa' nombrecito. ¿Por qué los alemanes tenían nombres tan raros? Günter, Lothar, Ludwig... ¿No se podían llamar

